

□ Tiempo de lectura: 7 min.

El Consejero General para la Formación, don Silvio Roggia, comparte con profundidad y sencillez el camino que le ha llevado a la vida salesiana, entrelazando raíces familiares, encuentros significativos y llamadas inesperadas. Desde las colinas de las Langhe hasta Valdocco, desde la experiencia misionera en África hasta el servicio internacional en la Congregación, don Silvio narra una historia vocacional marcada por la gratitud, la confianza en la Providencia y un amor creciente por Don Bosco. Sus palabras ofrecen una mirada auténtica sobre la formación salesiana hoy y sobre la belleza de una vida entregada a los jóvenes.

¿Puedes presentarte brevemente?

Soy Silvio Roggia, nacido en un pequeño pueblo de las Langhe – Novello – en el suroeste del Piamonte. Una tierra de colinas y viñedos, con Barolo como pueblo vecino: allí la marquesa Juliette Colbert y su marido Tancredi tenían su castillo. Un vínculo geográfico que me une a esta figura, tan importante en la historia y en la misión de nuestro padre Don Bosco.

Él me conoció mucho antes de que yo supiera algo de él, porque tuve la gracia de nacer en una familia en la que muchos salesianos me precedieron. Soy el último de nueve hermanos. Cuatro tíos: Emilio, coadjutor; Fiorenzo, Davide y Felice, sacerdotes; Felice, misionero durante muchos años en Ecuador, donde falleció en 2000. Dos primos hermanos de mi padre, entre ellos Guglielmo, misionero en Myanmar y luego en Filipinas, donde hoy descansa. Y finalmente dos primos hermanos míos, hijos de un hermano y de una hermana de mi papá. 9 SDB en casa. A pesar de esta numerosa parentela salesiana, la elección de ir a estudiar con los salesianos para la escuela secundaria fue al principio bastante casual. Los cinco años transcurridos en Valdocco –dos de gimnasio y tres de bachillerato en Valsalice, aunque viviendo siempre en comunidad en Valdocco– abrieron con naturalidad el camino hacia el noviciado.

El camino continuó de manera hermosa y serena en la formación salesiana compartida con mis compañeros de la entonces Inspectoría Subalpina, que en 1993 se convirtió en Circunscripción Especial de Piamonte.

¿Cómo percibiste la llamada de Dios y cómo se manifestó en tu vida? ¿Por qué salesiano?

La vocación salesiana, como he contado, nació en la familia y se desarrolló con naturalidad en el tiempo, sobre todo durante la estancia en Valdocco. La llamada misionera salesiana tuvo una génesis sorprendente.

Fue el día después de mi regreso de Roma, donde habíamos participado en el curso de verano de 1989 en preparación para la profesión perpetua, después del segundo año de teología en la Crocetta. Me llamó don Luigi Basset, mi inspector, proponiéndome iniciar un servicio de animación misionera inspectorial dirigido a los jóvenes. Sería mi apostolado los fines de semana, mientras continuaba los estudios. Ese don -esa llamada- me puso en contacto directo y constante con las realidades misioneras del “Proyecto África”, que en aquellos años vivía una temporada de gran impulso. Sin embargo, no había contado con partir.

Un compañero mío de noviciado, Luca Maschio, ya había partido durante el tirocinio hacia Kenia. Habíamos permanecido en contacto -en la medida de lo posible entonces, con algunas cartas- y nos habíamos reencontrado en el verano de nuestras ordenaciones sacerdotales, en 1991: un tiempo hermoso y rico, vivido con los otros compañeros que se hicieron sacerdotes en esos meses.

En 1994 me hizo un gran favor: acogió a dos jóvenes del grupo de verano de los “partientes” -una de las iniciativas nacidas en el ámbito de la animación misionera en Piamonte- que estaban destinados a Nigeria. Gracias a él, los orientamos hacia Kenia, ya que en las últimas semanas antes de la partida habían surgido problemas internos en Nigeria que hacían imposible el viaje.

Lamentablemente, en septiembre de ese año Luca murió en un accidente de tráfico cerca de Embu, en Kenia. Fue para mí un golpe fuerte, pero también un llamamiento igualmente fuerte: ir a ocupar su lugar.

Di mi disponibilidad. Cuando los estudios para la licenciatura en teología en la Crocetta y la licenciatura en pedagogía en la Católica de Milán concluyeron, don Luigi Testa me envió a Nigeria -confiada a la Circunscripción ICP- donde aterricé el 10 de octubre de 1997.

¿Hay algún episodio particular o una persona que haya tenido una influencia significativa en tu decisión de hacerte salesiano?

Más que un episodio único, diría que fue un entrelazamiento de presencias y gestos discretos lo que orientó mi camino. Mi tío Fiorenzo, salesiano, nunca me empujó directamente, pero con su vida y su forma de ser dejó una profunda huella en mi alma. Una siembra oculta que dará sus frutos años después.

Luego estuvo mi primo, don Beppe Roggia, quien me acompañó durante cinco años de comunidad propuesta en Valdocco y como socio en el año de noviciado en Pinerolo. Su confianza y su estilo de acompañamiento gentil y decidido, discreto y responsabilizador, tuvieron un peso decisivo.

Y finalmente, por los dieciocho años que viví en África, no puedo dejar de recordar a otro salesiano -Italo Spagnolo- que me acogió en Ondo, donde era al mismo tiempo

director, ecónomo y director de escuela, y que, con su incurable optimismo y su capacidad de ver siempre el bien, marcó el rumbo de todos mis años venideros. Junto a ellos, muchos otros rostros y encuentros contribuyeron a madurar mi respuesta. Pero estos tres, en diferentes momentos, jugaron un papel fundamental.

¿Cuáles han sido los momentos más significativos de tu camino formativo?

Cada etapa de mi vida ha tenido su munus -don/compromiso- formativo por el que estoy inmensamente agradecido. No hay una línea que interrumpa el fluir entre “formación” y “vida”: todo ha sido formación y sigue siéndolo.

Los años de la escuela secundaria en Valdocco fueron fundamentales para que me enamorara de Don Bosco y lo convirtiera en la dirección de mi futuro. Entre las fases de la formación inicial, todas preciosas, los cuatro años en la Crocetta fueron esenciales para establecer la visión de la vida que luego siempre me ha acompañado y desde allí ha seguido desarrollándose, como raíces de un gran árbol. África, durante dieciocho años, fue una escuela continua: como una segunda vida nueva que todavía circula por mis venas y colorea todo lo que soy y lo que hago.

Dentro hubo un tiempo de prueba no previsto -marcado por la enfermedad con cirugías y quimioterapias- que dejó una profunda huella, junto con la perfecta curación. Fue, a su manera, una de las etapas más importantes de mi existencia.

Los seis años pasados como miembro del equipo del dicasterio fueron una experiencia de alcance mundial, con la amplitud de la Iglesia universal y de la presencia salesiana, sobre todo en África y Asia.

Finalmente, en los últimos tres años en la comunidad Zeffirino en Roma, con hermanos de 27 países y 28 inspectorías, he sido parte de una de las experiencias de interculturalidad activa y vivaz más intensas en la Congregación.

Se lo debo todo a todos estos amigos, hermanos y hermanas que la Providencia me ha hecho encontrar en estos 62 años de vida.

¿Qué aspecto del carisma salesiano crees que has encarnado más?

Creo que haber pasado tantos años con jóvenes en formación y en particular trece como maestro de novicios me ha dado la oportunidad de comprender cómo el “estudiar para hacerte amar” es ante todo lo que sigue haciendo nuestro padre: él sigue haciéndose amar. El amor sincero y profundo por Don Bosco que tantos jóvenes, de tan diferentes orígenes culturales, siguen teniendo es contagioso y no se puede evitar crecer en simpatía y afecto por Don Bosco y por su herencia pedagógico-espiritual. Este es el don que he recibido y que trato de transmitir.

¿Cómo describirías, con tus propias palabras, el “sistema preventivo” de Don Bosco?

Prefiero tomar las palabras que el Rector Mayor, don Fabio Attard, puso al final de su programa sexenal 2025-2031, basándose en una carta suya de don Edmundo Vecchi del año 2000. Me parece una fotografía muy acertada del Sistema Preventivo. Así lo creo y así me gustaría vivirlo junto a mis hermanos: “Cuando pensamos en el origen de nuestra Congregación y Familia, de dónde partió la expansión salesiana, encontramos sobre todo una comunidad, no solo visible, sino incluso singular, atípica, casi como una lámpara en la noche: Valdocco, casa de una comunidad original y espacio pastoral conocido, extenso, abierto... En tal comunidad se elaboraba una nueva cultura, no en sentido académico, sino en la dirección de nuevas relaciones internas entre jóvenes y educadores, entre laicos y sacerdotes, entre artesanos y estudiantes, una relación que repercutía en el contexto del barrio y de la ciudad... Todo esto tenía como raíz y motivación la fe y la caridad pastoral, que buscaba crear dentro un espíritu de familia, y orientaba hacia un afecto sentido al Señor y a la Virgen.” (Don Juan VECCHI, He aquí el tiempo favorable, ACG 373, 2000).

¿Cuáles son las prácticas de oración o devociones que encuentras más significativas para ti?

La meditación sobre la Palabra de cada día, tal como nos la ofrece la liturgia en las lecturas de la Misa. Es la energía renovable que sigue alimentando la vida, siempre nueva, siempre al alcance, siempre eficaz.

¿Cómo cultivas tu formación -libros, cursos, retiros- para mantenerte “continuamente actualizado” con los tiempos y con Dios?

“Salva, salvando, salvados”, un lema común en el primer Oratorio, ya en tiempos de Domingo Savio. Creo que es parte del dinamismo salesiano: lo que preparamos y ofrecemos a los demás se convierte también para nosotros en fuente de energía y de renovación.

¿Hay alguna oración, una “buenas noches salesianas” o una costumbre que nunca dejas de hacer? ¿Por qué?

Intento empezar la mañana con un espacio de silencio y oración personal antes del inicio de la oración comunitaria. Es fácil guardar y preservar ese tiempo, antes de que el ritmo de los compromisos diarios cubra la agenda.

¿Cuál es la cosa más importante que has aprendido de tu experiencia de vida como salesiano?

La confianza. Confiar en la Providencia. Confiar en las personas con las que se vive. Es mejor arriesgarse a exagerar y ser traicionado en el aspecto de la confianza

hacia quienes viven bajo nuestro mismo techo que, por miedo y sospecha, encerrarse en seguridades que crean barreras y nos aíslan.

¿Cuáles son los principales desafíos que la formación salesiana debe afrontar hoy?

Continente África: el 92% de los salesianos tiene menos de 50 años. Europa: el 27% tiene menos de 50 años. Nos estamos volviendo cada vez más diversificados y la formación debe encontrar a los salesianos en sus distintas realidades y hablar un lenguaje cercano a su experiencia de vida.

¿Qué consejo le darías a un joven que se siente llamado a la vida religiosa?

Que vale la pena confiar en el futuro más aún que en nuestro pasado: si esta invitación viene del Señor y gradualmente nos sintonizamos con lo que Él sugiere a nuestro corazón, el mañana será potencialmente mucho más rico de lo experimentado hasta aquí, aunque sea un futuro hecho siempre de rosas y espinas.